

—¿En qué?

—Dice que te espones demasiado...

El pescador se encogió de hombros.

—¿Qué le importa á él eso? No le escuches. Que se vaya á contar sus historias á otra parte, porque si yo le encuentro dando vueltas alrededor de nuestra casa, le divido por las riñones.

Aubin entró en su casa.

Magdalena y las dos pequeñas les siguieron.

Magdalena echó los brazos al cuello de su marido y le dijo al oído:

—Es igual. Tiene razon. Te espones demasiado. Si tú mueres, moriré yo tambien. ¿Y qué sería de estas dos criaturas, di?

Aubin la cogió por el talle con sus dos brazos y la besó.

—Vamos,—dijo—ese mal hombre es quien te ha imbuido esos temores. ¡No tengais miedo, queridas mias; aqui estoy yo!

III

Corazon de cobarde.

El tiempo habia trascurrido.

Las noticias eran cada vez más sombrías, muy oscuras la mayor parte de las veces, pero aterradoras.

Las esperanzas se desvanecian unas tras otras.

Los hombres con quienes se habia contado frustraban las esperanzas de la patria y los alemanes avanzaban hácia el corazon de la Francia.

Paris era atacado. Metz estaba bloqueado, Bazaine permanecia inactivo, él que tenia á sus órdenes lo mejor del ejército, un cuerpo de ejército valiente, dispuesto á todo género de sacrificios; las tropas se organizaban trabajosamente; estaban mal armadas y peor vestidas, en una estacion en que se aproximaba uno de los inviernos más rigurosos de que se conserva memoria; tal era la siniestra realidad de la situacion en los últimos dias de setiembre.

Las familias del Este, invadido por las hordas enemigas, y los parisienses despavoridos, llenaban las posadas, los castillos y los pueblos de la Normandía y de la Bretaña.

El Cotentin, en particular, rebosaba de ellos. Nadie sabía el nombre de aquellos fugitivos nóvadas que habían venido, los unos con gran aparato, con caballos, coches y criados; los otros con algunos baules que contenían lo que habían podido llevar, de lo mejor que poseían, para sustraerlo al saqueo de los ejércitos prusianos y de los cuervos que traían tras de sí.

Simon Aubin, no había sido llamado á tomar las armas. El pescador tenía algunos meses más de la edad señalada para los movilizados.

Quiso sentar plaza.

Pero el amor de Magdalena y sus súplicas se lo impidieron.

Continuaba, pues, su rudo oficio, recorriendo el mar de día y de noche; la pesca se vendía mal, porque el gran mercado de París estaba cerrado; pero de todos modos se vendía á los fugitivos, que llenaban los hoteles de Cherbourg y de la costa.

El usurero había ido á menudo á situarse ante la puerta de la casa de Aubin. Conocía las horas en que Magdalena estaba sola, y siempre dispuesto á aprovecharse de esta circunstancia, la vigilaba sin cesar.

En casa de Aubin eran las dos pequeñas las que llevaban la pesca á los parroquianos. La mayor parte de las veces á «La tumba de las langostas», en donde los Cloquard se la tomaban casi toda.

La madre quedaba en casa encargada del arreglo de ésta y de los atavíos de su marido y de las niñas.

Las comidas estaban pronto hechas.

Consistían éstas en merluza y pan negro y, de cuando en cuando, para variar, huevos, ó un guisado de patatas con cordero, cuando repicaban gordo, lo cual no impedía á la rubia y á la morena, Colette y Juana, criarse como encantos y crecer, en su indiferencia y buen humor.

Del *confort* del interior, aquellas pobres gentes no se ocupaban.

Magdalena, laboriosa como una hormiga,

arreglaba las redes de su marido, delante de su casa, ó hacía media sentada en el banco rústico, trabajando sin descanso.

Le era, pues, fácil á Juan Perrinot abordarla cuando quería.

Se había mostrado mucho tiempo astuto y empalagoso; pero poco á poco se había vuelto misterioso y amenazador, y estaba exasperado por la resistencia fría é inquebrantable de la joven mujer de Aubin.

Había intentado en vano, adquirir influencia por todos los medios que estaban á su alcance, sobre aquella pobre familia, en la cual quería introducir la turbación y la deshonra.

Ofrecía á Aubin una balandra parecida á la de Launay, haciéndole entrever magníficas condiciones.

—Ganaríais mucho—le decía,—hábil como sois, mientras que con vuestra mala chalupa zozobraréis al primer golpe de viento, una noche, completamente solo, sin que se os oiga siquiera pedir socorro.

Aubin le miraba de arriba abajo y no tragaba el anzuelo.

—¿No teneis bastantes que os sirvan y que sean vuestros esclavos sin mí?—le decía un día en el puerto, delante de una media docena de marineros.—Si necesitais más, buscadles en otra parte. No quiero nada de vos á condicion de desquite. No me molesteis, y cuidado...

Y le indicaba el mar.

Añadiendo con franca sonrisa y amenazándole con la mano:

—¡No tengo trazas de saber, y no sé mucho! Solo que conozco el fondo. Sabed, Juan, que eso no molesta. Pero la paciencia tiene sus límites. Es preciso que cargueis vuestras volinas, amigo mio; de otro modo hay más agua en el mar que un cristiano de vuestra estatura puede tragar.

Los marineros se echaron á reir al oír esta amenaza de Aubin.

No ignoraban las maniobras del usurero alrededor de Magdalena.

Todo se aprovecha en los pueblos pequeños, y los chismes siguen su curso; pero no está prohibido reir, y á los maridos toca guardar á sus mujeres.

Magdalena estaba bien guardada, y además hubiera necesitado tener un gusto muy depravado para engañar á su pescador, á aquel hermoso mozo, robusto, de negros y espesos cabellos, de arrogante y dulce mirada, de músculos de hierro, cuyo valor y abnegación estaban á prueba, en provecho de aquel ser tenebroso, canalla, falso y mal formado, y que no tenía en su favor más que el poseer algunos miles de francos, con los cuales metía tanto ruido.

Aubin no lo había dicho, pero lo hacía comprender á las imaginaciones más obtusas. Es imposible describir la mirada desdenosa con que envolvió á su miserable enemigo.

Un león no muestra más desprecio al perrillo que le sale á ladrar al camino.

El amor propio del usurero fué herido hasta en su médula.

Todo el veneno que guardaba se mostró en sus ojos.

No contestó. ¿Qué podría decir? No amenazó. ¿Qué podía hacer? Pero se juró á sí mismo, en su fuero interno, vengarse y vengarse cruelmente.

Además, su decisión estaba tomada hacia algunas semanas.

Sus amigos, ó más bien sus aduladores, echaban leña al fuego diciéndole al oído, en confianza:

—Tened cuidado; Aubin tiene la mano muy pesada. Lo hará como lo ha dicho.

Y el amor, el amor bestial, vergonzoso, tiránico, se mezclaba en esto.

Aquella mujer, valiente y casta, á pesar de sus harapos y de su indigencia, con sus carnes tan blancas, sus delicadas formas y sus ojos de

color de cielo, había llegado á ser para él un martirio.

El, que lo regateaba todo, que hurtaba, que robaba, que hubiera sido capaz de saquear, si hubiera podido hacerlo impunemente, para aumentar su capital, la hubiera comprado á peso de oro si ella hubiera consentido en tan execrable venta; pero unida al único hombre que era dueño de todo su corazón, ni aun comprendía, en su pureza de madre de familia, que fuera posible á criatura humana degradarse hasta ese extremo.

Su historia explica sus sentimientos. Magdalena se había casado por amor.

Huérfana y sin fortuna, fué educada por un tío suyo de Landemer, cerca de Barfleur. Colono avaro y rígido, para quien el dinero resumía todas las cualidades y todos los méritos de un pretendiente, aquel tío, de quien debía ser la única heredera quiso que se casara con un hombre rico que él eligió.

Magdalena rehusó.

Su corazón era de otro.

Aubin la había encontrado con frecuencia al ir á explorar las rocas de la punta de Sly y del Monlard, hasta el pie de las cuales llegan los campos del colono, y se habían prometido ser el uno del otro.

Aquel idilio concluyó sin poesía.

Cuando Magdalena declaró sus sentimientos á su tío Roguet este se encolerizó y la juró que no obtendría un céntimo de sus bienes.

Y echándola á la carretera que de Landemer conduce á Saint-Waast, por un lado, y á Barfleur por el otro, la dijo, llenándola de injurias, que la prohibía atravesar la puerta de su quinta ó que haría que los perros la echaran.

El buen hombre no era tierno.

Cumplió su palabra.

Desde hacía ocho años no la había vuelto á ver.

Todos los años, el primer día del año, Magdalena escribía á su tío una carta humilde y cari-

fiosa. En ella le decía que era feliz y que le deseaba muchos años de vida y toda clase de prosperidades.

Roguet no contestaba.

Sus vivos resentimientos hacían que se le subiera la sangre á la cabeza con solo oír pronunciar el nombre de Magdalena.

¡Magdalena Roguet, su propio apellido, el apellido de su hermano! ¡Había muerte para él!

¡Pero qué importaba esto á aquella cariñosa mujer!

¿No tenía á su Aubin? Era pobre, pero vivía.

¡A la orilla del mar se necesitan tan pocas cosas! El mar es á veces pérfido; pero la mayoría de ellas es generoso. ¡Gracias á él la miseria no es jamás horrorosa como en las bohardillas de las ciudades!

Magdalena no deseaba nada teniendo á su marido, aquel excelente corazón que por su parte no amaba más que á ella y á sus dos pequeñas. Aubin hubiera dado su sangre por ellas sin vacilar. Magdalena lo sabía bien esto. Desde que entraba en su casa, empapado, molido, después de una lucha desigual con aquel mar, al cual es preciso disputar el botín, no tenía más que palabras tiernas, no dejaba escapar jamás una queja contra la suerte y las cubría de caricias que regocijaban el corazón de la madre y el de las dos niñas, entre las cuales distribuía su cariño, hasta tal punto, que no sabía ya cuál de ellas hubiera sacrificado si una necesidad fatal hubiera debido llevarle una de ellas.

Magdalena le encontraba tan digno de su cariño como lo era Juan Perrinot de su desprecio: tan altivo y arrogante, como bajo y rastroso era el usurero: tan leal y tan franco, como vil y solapado era el otro.

Que Dios le guardara á su Aubin era todo lo que ella le pedía.

Por desgracia Juan Perrinot había decidido otra cosa.

Los informes que había recibido del patrón

de su balandra, completados después por sí mismo, acudían á cada instante á su memoria.

Tenía una idea fija: ¡los Reniers!

Allí era donde debía desarrollarse el obscuro drama de su venganza.

Juan Perrinot conocía también como cualquiera de los pescadores de la costa, aquel banco de rocas á flor de agua, en donde más de un navío se había destrozado.

Diferentes veces, so pretexto de una partida de pesca por distracción, los había explorado de un extremo al otro.

Como todos los habitantes de los pequeños puertos, Perrinot sabía manejar bien una barca cuando el mar estaba en calma, para llegar por sí solo hasta allí en una de las canoas que él arrendaba lo más caro posible á los infelices á quienes explotaba.

Después de haber ido varias veces á los Reniers con los pescadores que las conducían, había vuelto él solo, sin decir nada á nadie. Hubiera encontrado con los ojos cerrados la piedra á la cual amarraba Aubin su barca para explorar las rocas y coger los moluscos y langostas que en ella se refugiaban.

El 6 de octubre, á eso de las siete de la tarde, Aubin abrazó á su mujer con más ternura que de costumbre.

Le daba pena abandonar su hogar.

Se hubiera dicho que una fuerza desconocida le retenía en él y le clavaba en la silla.

Por fin se decidió.

—Es singular—dijo tratando de sonreír,— ¡tengo una pereza! Francamente, hay momentos en que quisiera tener rentas como un burgués!

—Quédate,—le dijo Magdalena.

—¡Y mañana! ¡Y los demás días!

Por fin, hizo un esfuerzo sobre sí y se puso en pie.

—¡Venid conmigo! eso me dará valor.

Era la hora en que baja la marea.

Se dirigieron hácia el muelle.

—¿Lo ves?—dijo— Ya era tiempo.—Dentro de media hora ya no se podrá salir.

La mayor parte de los pescadores estaban en marcha.

Las luces se encendían por todas partes en la costa, y la deslumbradora claridad del gran faro de Gatteville, resplandecía eclipsando á todas las otras y proyectando un rastro luminoso hasta mas allá de los Reniers.

—Para perderse sería necesario proponérselo uno,—dijo Aubin.

Quería bromearse, pero no tenía el corazón para hacerlo.

Marchaba con pesado paso, un poco cansado, con sus grandes botas de mar, la desteñida blusa, estaba sujeta á la cintura por un cinturón de punto y la gorra de lana le cubría las orejas.

Cuando llegó á la escalera de piedra, el puerto estaba desierto.

Su barca se balanceaba al pié de la muralla. Antes de poner el pié en el primer peldaño, levantó en sus brazos á su hija á Colette y oprimió su cabeza de largos cabellos, contra su negra barba.

Después le tocó el turno á la rubia.

Magdalena avanzó la última y la estrechó contra su pecho.

Se hubiera creído que quería preservarle de algún peligro.

—Piensa en nosotras —le dijo— y ten cuidado.

—¿Qué tonta eres!—dijo Aubin, no sin emoción.

¡Qué peligro había! El tiempo estaba admirablemente sereno. La brisa era buena y fresca, un poco fuerte; pero esto es una ventaja para los pescadores.

Lo que ellos temen, sobre todo, es la calma chicha.

¡Que pensara en ellas! ¡Qué locura! ¡En aquellos tres amores! ¡Pensaba él en otra cosa?

Bajó la estrecha y resbaladiza escalera. Lar-

gó la amarra de la barca, izó la vela que tenía sobre su único palo y empuñó la caña del timón.

La barca viró de bordo, enfiló el estrecho paso del puerto y marchó hacia el Poniente evitando los escollos de aquellos terribles parajes, ilustrados en la edad media por la muerte de un hijo de un rey y el naufragio de la *Blanche Nef*.

Magdalena le siguió con la vista mientras alcanzó á verle, pero pronto desapareció, empujada por la corriente de Barfleur.

Entonces ella cogió á sus dos niñas por la mano y volvió muy despacio á su casa.

Estaba á la mitad del camino, cuando encontró á Juan que marchaba deprisa hácia el puerto.

Al verle se quedó parada.

—¿Sois vos?—la dijo.—¿Os retirais?

—Sí—respondió Magdalena maquinalmente. Desde hacía ya unos días no la dirigía la palabra.

—¿Está de pesca Aubin?

—Ahora marcha.

—¡Huíera querido hablarle. Lo haré mañana. Y añadió con cruel ironía:

—Si vuelve....

Magdalena se estremeció.

Aquel hombre le inspiraba un horror indecible.

Apresuró el paso sin responder, entró en su pobre casa y se encerró con las dos niñas.

Juan continuó su camino, llegó al puerto, se detuvo en lo alto de una de esas escaleras de hierro, con ayuda de las cuales se baja á los barcos, examinó con oblicua mirada los alrededores, los vió desiertos, bajó con precaución y desató una lancha, parecida á la del pescador, solo que más lijera y más pequeña.

Hizo la misma maniobra que había hecho Aubin, izó la vela, después de haberse cubierto la cabeza con un gorro que le desfiguraba, y poniéndose al timón, se lanzó en la misma direc-

ción que el barco de Aubin. Se hubiera podido creer que seguía su misma estela.

Un instante después desaparecía, como él, en la bruma de la noche.

Al día siguiente por la mañana, los pescadores habían entrado todos en el puerto y Aubin no parecía. La inquietud se apoderó de Magdalena. Sonaban aún en su oído las siniestras palabras del usurero:

—¡Si vuelve!

Estas palabras eran tan solo la causa de su ansiedad, pues por lo demás no había razón para que estuviese inquieta, porque con frecuencia el pescador iba á Cherbourg á vender su pesca y no volvía hasta la marea siguiente.

Magdalena se puso á su trabajo como de ordinario. Con los brazos desnudos, el justillo desabrochado, los largos cabellos recogidos sobre la nuca y la cabeza inclinada, lavaba la ropa, en una cubeta colocada sobre un banco al pie del hogar, sin cuidarse de lo que pasaba en la carretera.

Un hombre se detuvo en la puerta, que estaba completamente abierta.

Las dos niñas delectaban en un alfabeto estendido sobre un banco de madera.

Ellas fueron las primeras que le vieron.

La mayor corrió á donde estaba Magdalena, y tirándola de la falda la dijo:

—Madre, mira.

—¡Ah! ¿Vos aquí, señor Perrinot?—dijo la madre. ¿Qué queréis?

—Hablar á Aubin.

—No está aquí.

El usurero tenía un aspecto más repugnante que de ordinario. Parecía una fiera dando vueltas alrededor de un campo de batalla en donde hay heridos.

Sus ojos, que no se atrevían á mirar nada de frente, se fijaron en la mujer del pescador con insolencia, como si supiera que la desgraciada no tenía á nadie para defenderla.

—¡Si es algo que se le pueda decir!—le dijo.

—No. No corre prisa; volveré. ¿Dónde está?

—En Cherbourg, sin duda.

—¿No estais intranquila?

Magdalena se irguió.

Había en el tono de Juan algo así como una amenaza.

—¿Intranquila?—dijo.—¿Y por qué? La noche era buena.

—Sin duda, ¿pero con ese maldito oficio no debe temerse siempre?

—¿Es que vos sabeis algo?—dijo Magdalena palideciendo.

El usurero dió dos pasos hácia Magdalena.

—¡Yo!—dijo.—¿Qué podré saber yo... sino que os amo!

Estas palabras, tan dulces en los labios de los amantes, se hacían odiosas en los del usurero, que se parecía á una bestia salvaje olfateando un cadáver.

Magdalena se puso colorada hasta la raíz de los cabellos.

—¿No os da vergüenza?—le dijo.—Delante de estas niñas...

El usurero se acercó más, y murmuró algunas palabras al oído de Magdalena, que se puso como la púrpura.

—Escuchad—le dijo con gravedad;—he guardado silencio hasta ahora, por amor á la tranquilidad, aunque vuestros modales me hieren. Pero si dais un paso hacia mí, se lo cuento todo á Aubin, y con él os arreglareis. La paciencia se me acaba. ¡Salid!

Las dos pequeñas, que comprendían vagamente un insulto en la actitud de Perrinot, vinieron á cogerse de las faldas de su madre, no para ponerse en seguridad, sino para defenderla.

Juana, sobre todo, parecía decir con sus irritados ojos:

—Es vil y cobarde lo que hacéis.

El usurero dijo entonces:

—Vamos. ¡Se me arroja de esta cabaña, á mí, Juan Perrinot! ¡Se me desprecia! Se me cierra

la puerta. Obedezco. Me voy. Pero no está lejano el día en que será preciso cambiar de tono. ¡Os lo prevengo!

Salió.

Sus palabras produjeron en el corazón de la pobre mujer el efecto de quemaduras.

—Id a jugar al sol—dijo á las niñas.

Y cuando estuvo sola enjugó lágrimas de vergüenza que brotaban de sus ojos, y arrodillándose ante un crucifijo de madera que tenia colgado á la cabecera del lecho, le dirigió sollozando esta súplica, con tanta frecuencia repetida por las mujeres de los marineros en medio de sus angustias, los días de tempestad:

—«¡Dios mío, no me lo lleveis!»

Estaba bajo la impresion de un espanto misterioso.

Sin embargo, el tiempo era admirablemente sereno.

El sol sonreía á la tierra. El mar, á lo lejos, por el lado de la meseta de los Anticuarios, extendía sus sábanas líquidas de color esmeralda, rizadas apenas por un viento suave como una caricia.

Pero la desgracia habia entrado en su casa. Ella lo presentía. Aquella odiosa figura la habia traído.

—No podia dudarlo.

Concluyó su obra, atontada por una punzante ansiedad, que sin saber por qué aumentaba de momento en momento.

Cortó un pedazo de pan negro, se lo repartió á sus dos niñas, las cogió de la mano y fué á sentarse al pórtico de la iglesia, en un sitio desde el cual dominaba la entrada del puerto, la bahía de Crabec, hasta el faro de Gatteville y del otro lado del faro.

Desde que Aubin apareciera con su barca, por lejos que fuese, ella la reconoceria y la crisis habria terminado. La hubiera reconocido entre mil y no se hubiese engañado.

Las horas pasaban, la marea subia y cubría las rocas, pulimentadas por las olas. Algunos

barcos daneses é ingleses que habian traído madera del Norte y carbon, se hacian á la mar los pescadores entraban y salian, pero Aubin no aparecia.

Entonces la ansiedad de la pobre mujer se convirtió en terrible tortura. Esperaba sin llorar. A su lado sus hijas lloraban en silencio.

Magdalena adivinaba una culpable maquinación de Perrinot. Sin pruebas contra él, sin ningun indicio que pudiera guiarla, entreveía con claridad alguna trama tejida á su alrededor, algun lazo tendido, alguna baja traicion contra aquel rival de quien el usurero queria deshacerse.

Ella sola sin duda lo sabia, ¿pero no era bastante?

Llegó la noche.

Magdalena no abandonó aquel sitio; con extraviados ojos miraba á aquella inmensidad en la cual nada se distinguía.

¡Magdalena queria seguir esperando!

Aubin podia estar retenido por alguna averia, por alguna necesidad que ella no conocia.

Era de noche obscuro, cuando sintió que una mano se posaba suavemente sobre su hombro.

Se volvió.

Quién le habia puesto la mano sobre el hombro era Juan Launay, el patron de la balandra de Perrinot.

—Magdalena,—la dijo con voz conmovida,—es preciso que os retireis á casa.

—No puedo: espero.

—Aubin no entrará esta noche. Es demasiado tarde.

—Nunca tarda tanto. ¿Qué hará allí?

—Ahora, Magdalena, ya sabeis, todo ha cambiado... Desde que empezó la guerra...

—No, para nosotros nada ha cambiado, Juan, para nosotros no hay siempre más que miseria.

—Qué más dá. Ya es hora de que os retireis. Vámonos.

El patron cogió á las niñas en sus brazos, sin hacer más esfuerzo que si hubiera cogido una

paja y echó á andar seguro de que la madre seguiría á las pequeñas.

No se engañó.

Cuando hubieron pasado la iglesia, la madre vió á lo largo del muelle grupos que hablaban con misterio.

Al acercarse Launay todos callaron.

A Magdalena le llamó la atención aquel silencio.

Se detuvo.

En vano fué que el patron la repitiera cariñosamente:

—¡Venid! ¡Venid!

Magdalena se separó de él precipitadamente y corrió hacia el muelle.

Se la vió inclinarse hacia el agua y contar, por decirlo así, las barcas amarradas. De pronto lanzó un grito terrible, y dirigiéndose á las gentes que la rodeaban preguntó:

—¿Dónde está Aubin?

Nadie le contestó.

—Su barca está ahí sin él... ¡la reconozco! ¿Quién la ha traído?... ¡Decid!

Los pescadores la repitieron lo que Launay la decía:

—Idos á casa, Magdalena.

Algunos añadieron:

—Ya os explicarán... Launay está encargado... él ha visto... Es preciso esperar...

—¡Ah!—exclamó ella, cayendo de espaldas.— ¡Ha muerto!

Escenas de este género son frecuentes en Barfleur, en Grandeap, en Corterets y en muchos puntos de un lado á otro del litoral normando ó breton.

Más de una familia de huérfanos, atestigua allí los peligros del mar; pero la fatalidad de que Magdalena era víctima debía parecer singular á las gentes, puesto que, aunque cansadas de presenciar escenas de este género, no pedían menos de conmoverse.

Unos vecinos de los Aubin cogieron á la des-

graciada Magdalena en brazos y la llevaron á su casa.

Cuando volvió en sí, el patron de la balandra, que habia dejado las dos niñas sobre su lecho, la dijo:

—¡Animo!... ¡No están perdidas todas las esperanzas!

A decir verdad, él no tenia muchas.

Un costero inglés, que trasportaba, de Barfleur á Southampton, géneros de todas clases, habia visto á unas dos millas de los Reniers, hacia alta mar, adonde el viento la empujaba, una barca con la vela baja y que flotaba al azar.

Se habia acercado y habia visto sobre la borda de proa.

—*Magdalena.* Barfleur.

Un inglés no deja perder nada de todo lo que puede recoger en provecho suyo en el camino.

La Magdalena, abandonada, sin dueño, era un buen hallazgo; le pertenecía sin disputa.

La condujo á Barfleur, reservándose sus derechos, que estaban claros.

No fué difícil á los compañeros de Aubin comprender lo que habia ocurrido.

La amarra de la barca estaba rota á dos pies de la anilla. Esta parecia gastada, pero se hubiera necesitado un golpe de viento para romperla y la noche habia sido serena: este detalle causó una admiración general.

Aubin, sorprendido por la subida de la marea en los Reniers, mientras que los exploraba, habia debido perecer, á menos que algun barco le hubiese recogido.

Esta era, en verdad, una esperanza ilusoria. Aubin era de una fuerza bien conocida por todos y de una energía extrema, pero la distancia de los Reniers á la orilla, hacia imposible su salvación. De no verificarse un milagro, el hombre debia sucumbir en la empresa.

Magdalena estaba aterrada.

La mayor catástrofe que podia ocurrirle la habia alcanzado.

Estrechaba á sus hijas en sus brazos diciéndolas:

—¡Ya no teneis padre!

Juana se deshacia en lágrimas.

Aquel hombre que acaba de perder, era su único protector, su apoyo, su fiel amigo. Le profesaba un verdadero cariño, con su inteligencia precoz, apreciaba la nobleza, la valentia y esquisita virtud de aquel hombre, y lo que es más raro tal vez, la bondad llevada hasta la abnegacion y el sacrificio de sí mismo.

La desesperacion de aquella pobre familia conmovia. Aquella escena sin gritos, sin quejas, con lágrimas resignadas, no debía salir ya de la memoria de la niña.

Cuando los vecinos, los amigos y esos curiosos para quienes el dolor de los demás no es más que un espectáculo que llama la atencion, se hubieron retirado, Magdalena reunió sobre su corazon á sus dos hijas, y los dijo:

—Estamos solas y pronto no me tendreis tampoco á mi. Pero vosotras os amareis siempre. ¡Juradme!

Juana cogió entre sus manos la cabeza de su hermana y la cubrió de besos.

Ella no comprendia de todo lo que Magdalena las decia, más que esto, que estaban sin sosten y que era preciso amarse más.

Al día siguiente los tres recorrieron la orilla del mar enfrente de los Reniers, desde la punta de Neville á Freval, buscando el cadáver que las olas no podian guardar.

Hasta el segundo día no lo encontró Juan. La unayel patron de Perrinot, estaba tendido en la arena de la laguna que hay al otro lado de la balsa de Brusville.

Aubin habia sucumbido despues de una lucha heroica contra aquel terrible mar en el cual temia encontrar su tumba. Quería vivir por aquella mujer y aquellas hijas que la esperaban.

Fácilmente puede comprenderse el crimen del usurero.

Enterado de las costumbres de Aubin, Perri-

not le habia seguido de lejos hasta los Reniers.

Allí, aprovechando la obscuridad, se habia aproximado á la barca, la habia desatado, remolcado y dejado á una milla ó dos más allá hacia alta mar, y despues de terminada su obra, habia entrado tranquilamente en Barfleur.

Aubin, victima de aquella miserable traicion, que no habia tenido otros testigos que las estrellas, sorprendido por la marea habia intentado ganar la costa á nado.

Estaba á más de dos leguas de ella.

Ya sabemos lo demás.

¡Qué de crímenes desconocidos, con frecuencia muy odiosos, quedan sin castigo!

Juan Perrinot hubiera debido experimentar horrible remordimiento, al ver detras del féretro del valiente pescador, aquellas tres afidadas enlutadas que seguian al cadáver de Aubin cobardemente asesinado.

Pero Perrinot no pensaba más que en la belleza de Magdalena, á quien devoraba con sus miradas llenas de ambicion y de deseo.

Llegó fin de octubre.

La miseria se habia apoderado del hogar de la viuda de Aubin.

El inglés habia vendido el barco del pescador, guardándose el total de su valor.

El dolor hacia á Magdalena incapaz de todo trabajo y sus vecinos, demasiado ocupados en sus asuntos, no podian pensar en los de aquellos tres desgraciados seres.

Los acontecimientos se precipitaban.

Nos agobiaban tantos desastres, que las desgracias particulares pasaban desapercibidas.

Meiz capitulaba. La consternacion reinaba por todas partes. La mayor parte de las familias lloraban la ausencia ó la muerte de alguno de sus hijos.

Juan tuvo la audacia de presentarse una noche en casa de Magdalena Aubin.

Esta, mostrándole la puerta, le arrojó al ros-

tro esta palabra, que le puso lívido de espanto y de ira.

—¡Asesino!

Al día siguiente cogió Magdalena á sus dos hijas, y andando despacio á lo largo de la playa, llegó á la granja de Landemer.

Aquel era su supremo recurso.

IV

La quinta de los Roguet.

Allí se había educado Magdalena. Desde hacia muchos años, de padres á hijos, los Roguet eran colonos de la casa y era tan inveterada en el país la costumbre de que así fuera, que no se conocía aquella quinta por otro nombre que por el de la quinta de los Roguet.

El propietario, que era un rico parisiense, no iba á ella casi nunca. Los Roguet apenas le conocían.

Iban todos los años á pagar la renta al notario de Valognes, encargado de recibirla, y parecía que ellos eran, después de Dios, los dueños de aquella gran propiedad.

La casa tenía aspecto de castillo feudal, con sus grandes murallas, con ventanas irregulares, cuyos barrotes eran de piedra; sus altos tejados de pizarra, gruesas como losas, blancas como yeso que las nieblas del mar cubrían de una capa de sal.

Los establos, los lagares y las paneras, formaban un cuadro perfecto. Se entraba en ellas por una gran puerta, bajo un arco en el cual el musgo y las parietarias crecían entre las aberturas de las piedras.